

Vivir con la inflación

Oswaldo Soriano

Desde 1975, la Argentina vive carcomida por una inflación que en su momento más dramático, hacia 1985, llegó al 100 por ciento *mensual* y en el año más benigno (en 1980, durante la dictadura militar) al 90 por ciento anual. En lo que va del mandato constitucional de Raúl Alfonsín, la moneda se ha devaluado en un 86 por ciento. La pasada primavera, el gobierno, consciente de que a ese ritmo de desintegración económica el oficialismo perdería las elecciones de mayo de 1989 frente al peronismo, decidió instrumentar un plan de ajuste que redujo el alza a un 6 por ciento mensual.

Este país se ha acostumbrado a convivir con la inflación como los caribeños conviven con los tifones, los limeños con la sequía y los mexicanos con el smog. Al fin y al cabo ese modo de vida, tan inexplicable para otros, no impide que aquí maúllen los gatos, ladren los perros y el sol se ponga a la hora que debe ponerse.

Como el rocío al sol

El día anterior a mi partida hacia Bruselas, en junio de 1976, fui a una agencia de viajes para convertir en dólares todos los «pesos-ley» (que hasta 1969, habían sido pesos «moneda nacional») obtenidos ese mismo día por la venta de mi automóvil y alguna otra menudencia. Recuerdo que la cola ante la ventanilla era muy larga, y por más que el pagador se apuraba, el precio del dólar iba más rápido que sus dedos al contar los billetes. Detrás de aquel hombrecito gris, que llevaba unos bigotes cortados como en los años 40, había otro, más delgado y ágil, que tenía el teléfono apretado entre la mandíbula y el hombro, y con la otra mano hacía girar una manivela para cambiar el precio afichado en un contador parecido al de un taxímetro. A medida que la cola daba un paso adelante, el valor de los billetes que yo llevaba en los bolsillos se esfumaba como el rocío a la salida del sol.

Con los dólares que obtuve aquel día, pude sobrevivir algunos meses en una casa comunitaria que alquilamos con algunos amigos cerca del edificio de la Comunidad Económica Europea en Bruselas. Durante mucho tiempo me asombró que la moneda belga conservara un valor inalterable, o casi.

Que los cigarrillos, el té y los carretes de cinta para la máquina de escribir costaran siempre lo mismo. A veces me sorprendía y se lo contaba a mis amigos de Buenos Aires por carta -, que algunos productos bajaran de precio. Eran los tiempos en que yo publicaba artículos en el *Diario de Caracas* y los honorarios se trataban en bolívares o en dólares, porque para los venezolanos daba lo mismo.

Luego me fui a Francia y durante siete años la inflación se contaba por centavos. Era un mundo nuevo, al que yo me adaptaba con facilidad, porque mi vida con la inflación galopante, allá en la Argentina, sólo había durado unos meses. El impacto fue al regresar.

En 1985, en Buenos Aires, ya no era posible comprar nada por la noche al mismo precio que a la mañana. En los cafés, el cajero enloquecía entre los pedidos de los clientes y las exigencias del patrón que escuchaba la escalada por la radio. Los alquileres, los salarios, la vida entera estaba - lo está aún -, indexada. Los bolsillos se llenaban de billetes gastados, agujereados, pegados, y la cara del general San Martín se diluía entre los mensajes de amor, los insultos y los pedidos de socorro escritos por la gente con tinta más firme que la del Banco Central.

Las billeteras no eran un buen regalo para nadie. No había espacio en sus compartimentos para guardar los papeles de 100.000, de 500.000, de un millón de pesos. El ingenio popular rebautizó las cifras: el millón era el palo (aún lo es, y si se trata de dólares, es un palo verde) y el que venía de afuera, como yo que acababa de llegar de Europa, se volvía loco para distinguir entre los millones y cientos de miles solicitados por cualquier chofer de taxi. «Seis palos ciento veinte mil», decía el hombre cuando levantaba la bandera del reloj. Y a veces, para aumentar la confusión, agregaba «si usted me da dos lucas, le devuelvo un colorado».

La luca había sido el billete de mil con que soñaba en vano mi padre en los años 50, cuando ganaba, creo, 140 pesos moneda nacional. La revista de historietas que mi madre me compraba todas las semanas costaba 20 centavos, y el paquete de figuritas con los ídolos del fútbol y del cine, 5, y así fue durante toda mi infancia. La de 5 era una bonita moneda, bastante pesada, con la cara del Libertador de un lado y el número del otro.

Cuando jugábamos al fútbol teníamos que pedirle una prestada al vecino o a un pasante, para revolearla y sortear los arcos, o la dirección del viento. Ahora se las encuentra en las casas de numismática junto a las estampillas con la efigie de Eva

Perón o las del general Manuel Belgrano, que reaparecieron en 1955, cuando cayó el primer gobierno justicialista.

«Mañana arreglamos»

En ese tiempo, en la escuela, los chicos recibíamos una libreta de la Caja Nacional de Ahorro Postal, en la que depositábamos nuestros centavos, que se convertían en sellos virtuosamente pegados uno debajo del otro hasta completar un pozo que no podía retirarse hasta cumplir 18 años. Por supuesto, nadie de mi generación llegó a cambiar esa libreta por moneda contante y sonante. En los años 60, la inflación era en la Argentina como es ahora en Uruguay y en Venezuela, entre 30 y 40 por ciento anual. Visto desde aquí y desde ahora, eso no era inflación.

Entre tanto, el peso «moneda nacional» se convirtió en peso «argentino», luego en peso «ley» y en 1985, con la aplicación del primer plan de ajuste del actual gobierno, en «austral». El nuevo billete se cambiaba entonces por 0,85 de dólar, pero en noviembre de 1988 la unidad norteamericana valía ya 15,60 australes.

El gran desbande comenzó en 1975, durante el gobierno de Isabel Perón. Un efímero ministro de economía, Celestino Rodrigo, inmortalizó su nombre un día de invierno, cuando produjo lo que todavía se conoce como el «rodrigazo ». Me acuerdo de aquel día porque estaba en un bar, con unos amigos, comentando la novedad, y a la hora de la cena llamamos al camarero - el mozo para nosotros - para pagarle la cuenta.

-¿Cuánto le debemos?, - preguntó uno de nosotros. Y el mozo, con un gesto abatido, nos dijo:

-No sé, muchachos. Ni el patrón sabe. Cualquier cosa que me den y que no baje de 10 mil pesos está bien. Si hay diferencia, mañana arreglamos.

La convulsión de ese día iba a convertirse, a lo largo de los trece años que siguieron, en un ejercicio de pueril economía cotidiana. Todos los argentinos son pequeños o grandes rentistas acostumbrados a colocar su dinero a interés por siete días en un banco, para correr a llevarlo luego a una «mesa de dinero», el circuito especulativo donde los financistas ganan millones en un solo día. Hay enormes masas de dinero que se colocan a interés por una sola noche, entre el cierre y la apertura de los bancos, porque éstos necesitan cubrir sus obligaciones de dinero líquido para cumplir con las obligaciones que fija el Tesoro Nacional.

En noviembre de 1988, depositar dinero a plazo fijo en cualquier banco, redituaba una ganancia del 8 por ciento mensual en dólares. El fenómeno atrajo capitales que sólo circulaban en el mercado financiero para regresar luego, bien engrosados, a sus seguros refugios de Nueva York o Suiza. Se calcula que 10 mil millones de dólares venidos del extranjero circulaban por los bancos y se multiplicaban con la especulación a costa del Estado.

La operación era simple (si hablo en pasado es porque escribo a fines de 1988, y nadie puede predecir lo que ocurrirá cuando aparezca el número 100 de NUEVA SOCIEDAD). Si alguien dispone y debe haber gente que los tiene, por ejemplo, de 100.000 dólares, los cambiaba por australes y los depositaba a plazo fijo en un banco al 10 por ciento (o en el mercado negro, al 14 por ciento), con intereses que se acumulaban cada siete días. Al cabo de un mes, como el precio del dólar permanecía quieto, se podían comprar, con los primeros 100.000, unos 108.000 dólares, si se había sido cauto y mucho más en caso de haberse arriesgado a invertir en la «bicicleta», como se llama al mercado financiero paralelo. Las tasas de interés y los rendimientos eran anunciados a cada momento del día por radio y televisión, antes de que la locutora leyera el parte meteorológico.

Muchos infartos

Por supuesto, hubo muchos infartos, porque la apuesta depende de que el gobierno mantenga congelado, por cualquier artilugio, el precio del dólar. Cuando el sistema quiebra, como quebró a los seis meses de implementarse el Plan Austral en 1985, casi todos los pequeños ahorristas distraídos se quedan con papel inservible. Pero eso forma parte, también, de la cultura de la inflación. Como las decenas de loterías, carreras, concursos deportivos y sorteos promovidos por la nación, las provincias, las empresas privadas y la televisión.

El lenguaje cambió con la moneda y el desencanto. Cualquier argentino joven, de educación media, sueña hoy con «salvarse», es decir, ganar una fortuna de un solo golpe; o bien con «rajarse», «tomarse el buque», «cazar el piróscrafo» o cualquier variante lingüística que signifique abandonar el país antes de que sea demasiado tarde. Los uruguayos habían hecho circular un chiste que decía que, el último en marcharse del país, sería quien apagaría la luz. En la versión argentina, ese último acto de civilidad es imposible, porque antes, alguien, se ha robado la lámpara (o hay «corte» de luz).

Y sin embargo, la palabra inflación, que está en todos los diarios y en la boca de los políticos, no es un término que se use en la calle. El almacenero dice que «no hay plata», el carnicero que «no hay un mango», pero yo no he oído a mucha gente atribuir los males a la inflación. La puja sindical es por aumentos de salario, por más deteriorada que esté la moneda que se obtenga a fin de mes. En noviembre de 1988, el Ministerio de Economía había fijado aumentos del 4 por ciento con el pretexto de no alimentar la inflación, y el resultado fue que todas las actividades del Estado estuvieron paralizadas, desde el correo a los ferrocarriles y las aduanas, pasando por los servicios de gas, electricidad y luz.

Las huelgas tenían una justificación que se ve en la creciente pobreza y también en las estadísticas: en cinco años del gobierno constitucional, el valor promedio de los salarios disminuyó, según fuentes de la Confederación General del Trabajo, en un 42,7 por ciento.

En la vida cotidiana, el deterioro es espectacular, salvo en los barrios de mediana y gran burguesía. Cuando se lanzó el primer plan de ajuste (el Austral), hace tres años, la nueva moneda tenía, como billete máximo y más codiciado, el rojo de 100 australes, que equivalía a 85 dólares. En poco más de doce meses apareció el de 500, que al principio era muy difícil de cambiar en los comercios, y por fin, en octubre de 1988, salió a la circulación el flamante de a 1.000, con el que apenas pueden comprarse 70 dólares.

¿Precauciones?

Mientras escribo este artículo, los cigarrillos que consumo frente a la máquina, pasaron sucesivamente de 11, a 13 y luego a 14 australes. Este movimiento no nos inquieta, porque lo sabemos ineluctable. Para estimar el valor de un auto hay que fijarse en la póliza de seguros, que se renueva cada cuatro meses y prevé, ella misma, el índice inflacionario. En todas las facturas de los servicios públicos - agua, luz, gas -, la computadora señala el precio a pagar en la fecha de vencimiento y otro, con el recargo previsto, en caso de una mora tolerada de diez días.

Nadie pacta el precio de un contrato de servicios en australes, sino en dólares. Como la ley obliga a usar la moneda argentina, al menos en las apariencias, cualquier convenio a cumplirse dentro de seis meses incluirá una cláusula que diga, por ejemplo: «se pagará la suma en australes equivalente a `x` dólares en valor Bonex (nombre de un título público pagadero en moneda estadounidense) según la cotización del día en la República Oriental del Uruguay».

¡Pobre de aquel que no tome precauciones! Una de las víctimas más frecuentes de la inflación es el inquilino que debe pagar una renta indexada, el médico que trabaja para una obra social (que le paga sesenta días después de prestados los servicios), o el escritor, al que el editor liquida sus derechos cada seis meses. Los que pueden imponer su criterio - muy pocos -, se hacen pagar un buen anticipo y pactan los pagos cada tres meses, pero de cualquier modo toda remuneración - empezando por los salarios -, se deteriora antes de hacerse efectiva.

Se convive con la inflación como con el paisaje. El empresario captura moneda argentina para ponerla a interés y no piensa en reinvertirla. Así, los únicos buenos negocios son aquellos que dan dinero inmediato: supermercados, servicios de transporte, espectáculos, círculos de ahorro y préstamos para la compra de autos y viviendas. En algunos casos, los productos comprados al por mayor a precios preferenciales, se venden por debajo de su valor - sobre todo en los supermercados -, porque el ingreso inmediato del dinero al circuito de especulación hace que la diferencia se amortice en dos días y la ganancia se acumule en los cinco siguientes.

Todo el mundo conoce las excusas de rigor para demorar un pago, y eso forma parte de las reglas del juego. Abundan los cheques posdatados, a veces incobrables, y hasta los casinos, a los que había mermado la concurrencia, han comenzado a aceptar el pago de las fichas por cheque, lo que significa una manera apenas oculta de conceder crédito al jugador que pueda responder con sus bienes.

Con la vista puesta en las elecciones presidenciales y legislativas de mayo de 1989, el gobierno se ha propuesto bajar la inflación para ofrecer una imagen de orden y eficacia que pueda darle alguna chance al radical Eduardo Angeloz contra el peronista Carlos Menem, que lo aventaja en las encuestas. Por eso, el Banco Central ha autorizado tasas de interés tan elevadas y mantiene el dólar congelado. Como consecuencia de esa política, la inflación ha caído al 6 por ciento mensual, pero nadie sabe qué ocurrirá cuando esta política se agote.

Perspectivas

De cualquier manera, las imprentas de la Casa de la Moneda no se detienen. Los diseñadores de billetes, que han elegido las caras de los presidentes constitucionales para decorar los billetes, preparan ya los de cinco y diez mil. Tal vez antes de que este gobierno cumpla su mandato, a fines de 1989, aparezca el retrato del radical Hipólito Irigoyen, el primer Jefe de Estado elegido por sufragio universal. Y si las cosas siguen así, mucho antes de entrar en el siglo XXI,

tendremos en el bolsillo al sonriente general Perón. Es aventurado predecir cuándo aparecerá, impresa sobre el billete de 1.000.000, la austera, castigada cara, de Raúl Alfonsín.